

La crisis ofrece una oportunidad

Ban Ki-moon, Susilo Bambang Yudhoyono, Donald Tusk y Anders Fogh Rasmussen

Con motivo de su reunión en Washington, los dirigentes mundiales harían bien en recordar que afrontamos dos crisis: la crisis financiera mundial, que es la más acuciante, y el cambio climático, que reviste un carácter más existencial. La urgencia de la primera no es óbice para relegar la otra a un segundo plano, sino que ofrece una oportunidad para matar dos pájaros de un tiro.

En lugar de recurrir a los argumentos habituales: que la base científica del cambio climático es evidente, que el problema empeora cada día que pasa sin que hagamos nada, que la lucha contra el calentamiento del planeta es un imperativo moral, atengámonos exclusivamente a razones de economía pragmática.

El crecimiento mundial se está ralentizando y los presupuestos se están contrayendo. Con toda probabilidad, dispondremos de menos recursos para encarar un creciente número de problemas mundiales. ¿Qué medidas podemos tomar, por consiguiente, para crear empleo y estimular el crecimiento? ¿Cómo podemos garantizar el abastecimiento energético a precios asequibles? ¿Qué debemos hacer para proteger al sistema financiero mundial de conmociones recurrentes y burbujas cíclicas, de manera que en todas las naciones la gente pueda ver materializada la promesa del desarrollo y vivir en condiciones de seguridad económica?

La respuesta radica en hallar soluciones comunes a los graves desafíos que se ciernen sobre nosotros y, en lo que respecta a los dos retos más apremiantes: la crisis financiera y el cambio climático, esa respuesta es la economía “verde” o ecológica. Si nuestro estilo de vida se ve amenazado, nuestra respuesta ha de ser la adaptación. Los científicos coinciden en que para subsanar el cambio climático necesitamos una revolución energética, un cambio saludable en la manera en que nuestras sociedades suplen sus necesidades energéticas. Los economistas también coinciden en que la industria de mayor crecimiento actualmente en el mundo es la energía renovable, sector en el que ya se están creando los puestos de trabajo del futuro y se está produciendo buena parte de la innovación tecnológica que será el preludio de nuestra próxima era de transformación económica.

Los ideólogos prácticos nos recuerdan que el mañana empieza hoy. No cabe duda de que la cumbre financiera de este fin de semana en Washington es decisiva, pero a principios de diciembre debemos superar una prueba no menos importante, cuando las naciones se reúnan en Poznan (Polonia) para entablar la próxima ronda de negociaciones acerca de la convención sobre el clima de las Naciones Unidas. La reunión supone el punto intermedio en la hoja de ruta de Bali, aprobada con gran entusiasmo en Indonesia el año pasado. Trata de crear el marco para llegar a un gran trato en Copenhague el próximo mes de diciembre, cuando los líderes mundiales se reunirán para negociar un ambicioso y amplio acuerdo sobre el cambio climático que todos los países puedan adoptar.

En Poznan, los ministros responsables del clima y el medio ambiente se reunirán por primera vez para perfilar las medidas de cooperación a largo plazo. A fin de alcanzar un acuerdo en Copenhague, necesitamos un plan de trabajo preciso con objetivos concretos para reducir las emisiones y adaptarnos a los efectos adversos del cambio climático. Necesitamos una estructura institucional concertada, la adhesión genuina a un fondo de adaptación y, ante todo, la buena disposición de los países, tanto desarrollados como en desarrollo, para asumir las obligaciones que les correspondan. La financiación será determinante, ya que no podemos combatir efectivamente el cambio climático si las naciones en desarrollo carecen de los recursos financieros y las tecnologías que son necesarios para llevar a cabo su proceso de transformación ecológica.

Pese a que los deseos no se plasman automáticamente en hechos, hemos de reconocer que eso es lo que quieren las gentes del mundo: empresas, inversores, gobiernos y asociaciones cívicas. De hecho, ya está sucediendo. Según cálculos del Programa de las Naciones Unidas para el Medio Ambiente, la inversión mundial en energía con emisiones nulas de gases de efecto invernadero ascenderá a 1,9 billones de dólares en 2020, una proporción sustancial del PIB mundial. Casi dos millones de personas trabajan en todo el mundo en las nuevas industrias de la energía eólica y solar, la mitad de ellas en China. El programa de biocomustibles del Brasil ha venido creando anualmente casi un millón de puestos de trabajo. En Alemania, se espera que las inversiones en tecnología ambiental se cuadruplicquen en los próximos años, llegando a representar el 16% de la producción manufacturera en 2030 y dando empleo a más trabajadores que la industria del automóvil.

No tenemos por qué aguardar la llegada de las nuevas tecnologías ni debemos preocuparnos excesivamente por el costo que entrañe la adopción de medidas. Los estudios muestran que los Estados Unidos podrían reducir considerablemente las emisiones con un costo bajo o casi nulo haciendo uso de los conocimientos técnicos disponibles. Prueba de ello es la ingente inversión de Dinamarca en el crecimiento ecológico. Desde 1980, el PIB aumentó un 78% con apenas incrementos mínimos en el consumo de energía. Polonia ha reducido sus emisiones una tercera parte en los 17 últimos años, aun cuando su economía ha conocido un período de auge. Para las empresas, esas reducciones se traducen en beneficios. Hoy en día, las empresas europeas del sector de las tecnologías ecológicas gozan de las sustanciales ventajas que comporta ser el primero en el mercado, repartiéndose una tercera parte del pujante mercado mundial de las tecnologías ambientales.

Con incentivos financieros y las políticas apropiadas, en un contexto mundial, podemos lograr que el crecimiento económico siga la senda de la baja emisión de dióxido de carbono. Con las políticas y los incentivos adecuados, podemos tener la certeza de que tanto los países desarrollados como las naciones en desarrollo contribuirán a la causa contra el cambio climático, cada uno a su propia manera y sin comprometer el derecho de todas las naciones al desarrollo y al bienestar económico de sus ciudadanos.

Los directores generales con más visión de futuro lo saben bien y esa es una de las razones de que, en tantas partes del mundo, los empresarios estén exigiendo políticas bien definidas y congruentes sobre cambio climático: políticas planetarias para un problema mundial. En este sentido, debemos admitir que son numerosos los caminos que conducen a Roma. En Poznan, y posteriormente en Copenhague, algunos querrán límites estrictos a las emisiones, otros preferirán acuerdos voluntarios y otros analizarán los pros y los contras de los mercados basados en límites máximos y el intercambio de los derechos de emisión frente a los impuestos y la normativa nacional de ahorro energético. Muchos abogarán por políticas que reduzcan la deforestación, que representa aproximadamente una quinta parte de las emisiones de gases de efecto invernadero. Una inversión anual de 17.000 a 30.000 millones de dólares podría reducir esa cantidad a la mitad e impulsar al mismo tiempo el empleo en sectores relacionados con el ahorro de energía en países tropicales como Indonesia.

Lamentablemente, no podemos ser selectivos y precisamos de todos estos planteamientos, además de un liderazgo (ilustrado y con una perspectiva global) que vaya acompañado de medidas prácticas. La crisis financiera mundial actual es una llamada de atención. Exige una nueva reflexión y requiere soluciones innovadoras que tengan en cuenta los mayores problemas que afrontamos en un mundo globalizado. No es una invitación a posponer lo que debe hacerse para salvaguardar nuestro futuro. No tenemos más tiempo que perder.

Ban ki-moon es el Secretario General de las Naciones Unidas, Susilo Bambang Yudhoyono es el Presidente de Indonesia, Donald Tusk es el Primer Ministro de Polonia y Anders Fogh Rasmussen es el Primer Ministro de Dinamarca.